

“La conciencia desde fuera”: Marxismo, Lenin y el proletariado.

Autor(es): [Shandro, Alan](#)

Shandro, Alan. Docente en el Departamento de Ciencias Políticas de la Laurentian University de Ontario, Canadá.

Resumen: *El autor hace un pormenorizado análisis textual y contextual de la proposición de Lenin en el ¿Qué Hacer?, acerca de que la conciencia socialista debe ser introducida dentro del movimiento obrero -que es espontáneo- desde fuera. Como resultado muestra que – contrariamente a lo que sostienen tanto el saber convencional de los no-marxistas como la mayoría de los estudiosos marxistas - la tesis de Lenin no entra en contradicción con la tesis marxista básica de la autoemancipación del proletariado. La idea de Lenin sólo tiene sentido a la luz de la lógica distintiva de su modo de análisis político. Así vista, su proposición puede entenderse como un prerrequisito necesario para que los actores políticos marxistas teoricen sobre su situación dentro de la complejidad de la lucha de clases y puedan, a partir de allí, aprender de las luchas de la clase obrera. La tesis de “la conciencia desde fuera” expresa, paradójicamente, no sólo una preocupación científica por aprehender las realidades del proceso de la formación de la conciencia de la clase obrera, sino también un compromiso teórico con la autonomía política de la clase obrera.*

Al comentar la breve historia del movimiento obrero ruso en el ¿Qué Hacer?, Lenin saludaba “el despertar espontáneo de las masas trabajadoras” pero advertía que “los obreros no tenían ni podían tener, la conciencia del antagonismo irreconciliable entre sus intereses y todo el régimen político y social contemporáneo”. La conciencia era el producto del trabajo teórico de los intelectuales y “tenía que ser traída [a los trabajadores] desde fuera”. Por cierto, generalizaba, “el desarrollo espontáneo del movimiento obrero lleva a su subordinación a la ideología burguesa”. Era la tarea de los socialdemócratas, por lo tanto, “combatir la espontaneidad” (Lenin, 1961c, 375, 384-385). Mi posición es que, contrariamente a lo que sostiene el saber convencional, la evaluación de la espontaneidad y la conciencia de Lenin no viola la concepción marxista de la autoemancipación del proletariado. Más bien, sugeriré que el sofisticado método de análisis político sobre el que descansa permite una comprensión más fructífera de esta concepción y de la relación entre la lucha de clases y la conciencia de lo que pensó hasta ahora.

El saber convencional

Desde que se publicó el ¿Qué Hacer? en 1902, los críticos de Lenin contrapusieron su relato del desarrollo de la conciencia de la clase obrera con la tesis de Marx de que “la emancipación de la clase obrera debe ser obra de los trabajadores mismos” (Marx, 1985, 14). Esta tesis involucra dos cuestiones: primero, que la clase obrera es capaz de una actividad revolucionaria autónoma, en el sentido de que sus luchas no tienen por qué estar subordinadas a los fines de otros. No tiene por qué servir de carne de cañón en las batallas en que se

enfrentan sus explotadores. Su propia lucha de clases resultará, eventualmente, no en la dominación de una nueva clase explotadora, sino en la superación de las clases y la explotación. Segundo, el fin y el objetivo de la emancipación del proletariado, la supresión del capitalismo y la construcción de una sociedad socialista, sólo pueden conseguirse a través de la actividad independiente de la clase obrera. No la pueden conseguir los reformistas que arman esquemas filantrópicos en nombre de los trabajadores. Estas dos cuestiones, que juntas constituyen la idea de la autoemancipación del proletariado, están en el centro del pensamiento revolucionario de Marx. Desde esta perspectiva, podría parecer que, al plantear una oposición entre el movimiento espontáneo de los trabajadores y la teoría socialista de los intelectuales, Lenin había abandonado el método de buscar las ideas básicas en las relaciones sociales de producción, y había creado en su lugar un armazón teórico que planteaba la superioridad de los intelectuales revolucionarios sobre el proletariado. La noción de que la conciencia socialista debe traerse al interior del movimiento obrero desde fuera, estaría sujeta a la misma crítica que Marx le hacía a Feuerbach:

La teoría materialista del cambio de las circunstancias y de la educación olvida que las circunstancias las hacen cambiar los hombres y que el educador necesita, a su vez, ser educado. Tiene, pues, que distinguir en la sociedad dos partes, una de las cuales se halla colocada por encima de ella (Marx, 1976, 4).

Este enfoque mecanicista de la acción humana que Marx critica incluye dos cuestiones. Primero, que, en principio, al poder conocer las leyes que gobiernan la conducta humana, un observador puede predecir la conducta que devendrá al repetirse condiciones dadas con anterioridad. Segundo, que, armado con este conocimiento, un agente puede contribuir a que tengan lugar condiciones anteriores a un hecho dado, que lleven a que se produzca el resultado deseado. La tesis de Marx plantea la siguiente crítica: un agente que fuera lo suficientemente inteligente y que quisiera que se produjeran las condiciones adecuadas para hacer que otros desearan lo que él desea, vería a sus propias acciones bajo una luz muy distinta a la de la conducta de aquellos a quienes considera como su objeto. Por lo menos durante el curso de sus manipulaciones no experimentará su propia actividad como el simple resultado de las condiciones precedentes, sino como la expresión de sus propias razones y propósitos, de su autonomía racional. Esto denota un elemento esquizoide en la explicación mecanicista (ver McIntyre, 1984, 84-85). La fuerza política de la crítica de Marx radica en que cuando un proyecto de cambio radical se construye en términos mecanicistas, tal esquizofrenia se traduce en una división autoritaria de la sociedad entre los reformadores ilustrados y una masa no ilustrada que debe ser moldeada. El autoritarismo político es el complemento lógico de una comprensión idealista del cambio histórico. Los críticos de Lenin argumentan que en su caso el demiurgo sería la *intelligentsia* revolucionaria y su material el proletariado.

Los primeros en hacer esta crítica a la concepción sobre la espontaneidad y la conciencia avanzada en el *¿Qué Hacer?* fueron Vladimir Akimov y Alexander Martinov, adherentes a la corriente “economicista”, que eran el principal blanco de la polémica del libro de Lenin (ver Frankel, ed. 1969, esp. 112-125 y 316-329, y *El Partido Socialdemócrata Obrero Ruso*, 1980, 140-153). Después de la división de la socialdemocracia rusa entre mencheviques y bolcheviques, los términos de la crítica fueron retomados y elaborados por los que hasta entonces habían sido compañeros de Lenin, los dirigentes del menchevismo (ver Dan, 1970, 236-263). A partir de entonces, esta interpretación se hizo un lugar común y su lógica estructura casi todas las explicaciones, marxistas o no, del pensamiento político de Lenin (ver, por ejemplo, Liebman, 1975, 25-42; Pannekoek, 1975; Kolakowski, 1978; Polan, 1984, 136-144). De acuerdo con esta interpretación, si Lenin alguna vez había subscripto las posiciones

centrales del marxismo, dejó de hacerlo: si la clase obrera no estaba a la altura de su vocación revolucionaria, la *intelligentsia* socialista debería hacer su trabajo; si las luchas de los trabajadores no generaban una conciencia socialista, deberían subordinarse al proyecto revolucionario de la elite intelectual. Aunque la vanguardia conspirativa de revolucionarios profesionales fuera la corporización institucional inicial de esta filosofía autoritaria e idealista, la contraposición no dialéctica de espontaneidad y conciencia hecha por Lenin, teórica y prácticamente genera una lógica “sustitutista” por la que “la organización partidaria sustituye al partido, el Comité Central sustituye a la organización partidaria y finalmente un dictador sustituye al Comité Central” (Trotsky, 1970, 121). De acuerdo con esta interpretación, Lenin se transformaría en el progenitor intelectual del totalitarismo soviético: Stalin es la culminación lógica de la tesis leninista de que la conciencia debe ser traída a la clase obrera desde fuera. Así, esta tesis se transforma en el eje intelectual alrededor del cual gira la explicación más frecuente del desarrollo/degeneración de la revolución bolchevique.

En los términos de esta interpretación, la idea de la autoemancipación del proletariado tiene ecos de la dicotomía entre autonomía y heteronomía de la filosofía alemana clásica. A este nivel de abstracción, las alternativas quedan reducidas sólo a dos: o los trabajadores desarrollan espontáneamente una conciencia de sí mismos como clase con vocación socialista (autonomía) o esta conciencia debe serles impuesta por otros (heteronomía). Esta dicotomía preside una serie de distinciones conceptuales: conciencia y espontaneidad, teoría y práctica, idealismo y materialismo, intelectuales y obreros, autoritarismo y democracia.

Por otra parte, agregar la calificación de “proletario” al acto de “autoemancipación”, nos plantea una serie de preguntas sobre las circunstancias en las que éste se realiza. Preguntas que, desde la perspectiva hasta aquí considerada, o no reciben ninguna respuesta o la que reciben es inadecuada. Por ejemplo, ¿todos los trabajadores llegan a la conciencia al mismo tiempo en el momento de la autoemancipación o algunos de ellos, los dirigentes, llegan antes? Si, como parece más probable, lo cierto es lo segundo, ¿cómo deben ser las relaciones entre los trabajadores, y entre los dirigentes y los demás para que se pueda hablar de que la clase se hace o es consciente? Las circunstancias en que se da la lucha de clases son decididamente tan relevantes como su objetivo para darle una respuesta a esta pregunta. El punto en cuestión es que, para darle un significado concreto a la noción de la autoemancipación del proletariado, no basta simplemente con llevar el significado profundo del concepto abstracto de autoemancipación al proletariado. La importancia de la idea está ligada a las circunstancias concretas de la lucha de clase del proletariado. Si se entiende esto, no parece haber razón para reducir las circunstancias relevantes a los hechos generales del modo de producción capitalista y su desarrollo. También lo son circunstancias tales como si los proletarios se enfrentan a la república democrática o a una monarquía absolutista, o si cuentan con el apoyo de una pequeña burguesía urbana educada o de un campesinado analfabeto. La perspectiva que consideramos casi no permite tomar en cuenta tales circunstancias.

El centro de la contestación de Lenin a quienes lo criticaban, y un refrán constante en todos sus escritos políticos, es la insistencia en el análisis de la lucha de clases en el contexto de sus circunstancias concretas. “El ABC de la dialéctica”, escribió, “nos dice que no existe la verdad en abstracto, la verdad es siempre concreta” (Lenin, 1961d). Su énfasis en el análisis concreto sugiere que, debido a sus formulaciones abstractas, la crítica al concepto de “autoemancipación” del *¿Qué Hacer?* no sólo no entiende el desarrollo de la conciencia de clase, sino que, por la misma razón está completamente equivocada. Esta visión es un poco la que se encuentra en las lecturas de Lenin que ven sofisticación teórica y realismo político en su análisis concreto de la espontaneidad y la conciencia (ver, por ejemplo, Althusser, 1969, 168-169; Balibar, 1974, 272-279; Harding, 1977, 161-196). Pero esta preocupación por lo concreto y lo complejo no es en sí misma una respuesta adecuada a la crítica, porque no llega a demostrar la coherencia de la explicación “concreta” de Lenin con la tesis marxista de la

autoemancipación del proletariado. Quienes ponen el acento en esta preocupación han podido señalar errores y omisiones en las lecturas de los críticos de la “autoemancipación” del *¿Qué Hacer?*, pero, al mismo tiempo, han evitado las demostraciones, o las han hecho sin prestar atención o minimizando la importancia de las formulaciones más radicalizadas de Lenin. Este procedimiento sacrifica tanto la letra del texto de Lenin, como la característica distintiva de la posición teórica en que se basa.

La postura de Lenin sobre espontaneidad y conciencia, a la que me referiré como la tesis de la conciencia desde fuera, merece un cuidadoso análisis textual y contextual. Prestar atención a esta tesis significa reconocer que no es una simple y única afirmación, sino un complejo de varias afirmaciones que a veces parecen contradictorias. Estas afirmaciones, que a menudo se encuentran entrelazadas en el texto, deben ser desenmarañadas y se debe clarificar el significado de sus términos. Al proceder de esta manera, aparecen indicaciones de la lógica del análisis político subyacente y es posible encontrarle sentido a las paradojas argumentales de Lenin. Este procedimiento, que parte de prestarle extrema atención a lo que Lenin realmente escribió, necesariamente va más allá de la letra del texto. Sin embargo, esto se justifica si es posible presentar una lectura coherente del texto dado que las interpretaciones alternativas no pueden hacerlo.

La tesis de la conciencia desde fuera sólo puede entenderse como la expresión de una lógica subyacente del análisis político, que requiere la realización de análisis políticos concretos antes de que se puedan determinar las formas de actividad política y organizativas del movimiento obrero que son adecuadas a las circunstancias existentes. Por esta razón, la tesis de Lenin es compatible con diferentes formas de organización. Si lo que exige formas de organización no democráticas son las circunstancias de la autocracia y no la tesis de Lenin, entonces su tesis puede ser compatible con la autoemancipación del proletariado. Pero, esta última involucra más que democracia organizativa: implica una actividad política consciente e independiente de la clase obrera. Y es en este sentido que la lógica de la tesis de Lenin sobre la autoemancipación del proletariado resulta ser más coherente que la posición de sus críticos. Todos los que participan en la controversia definen la “conciencia” en relación con la teoría marxista, pero la lógica de la posición de Lenin implica el entendimiento claro de que la teoría marxista necesariamente debe estar sujeta a la evolución mediante su aplicación a los análisis concretos. Esto quiere decir que, no sólo al transformarse en teóricos marxistas, los trabajadores individuales pueden tomar parte directamente de la elaboración creadora de la autoconciencia del proletariado e impartir esta autoconciencia al movimiento espontáneo de la clase obrera. También significa que, dado que la tesis de la conciencia desde fuera es compatible con la transformación de la teoría marxista en respuesta a innovaciones revolucionarias espontáneas, puede entenderse que la clase obrera toma parte, indirectamente, pero aún así de manera activa y creadora, en la formación de la conciencia. Si, como sugiero, los críticos de Lenin se basan en una comprensión de la teoría marxista como una doctrina, cuyos fundamentos en lo esencial fueron elaborados de una vez y para siempre, entonces la autoemancipación del proletariado pasa a ser poco más que la asimilación de esta doctrina, y la creatividad que ella implica se ve realmente, aunque “inconscientemente”, negada. La tesis de Lenin de la conciencia desde fuera no sólo ofrece un modo más concreto de análisis de la conciencia de la clase obrera, sino que permite una apreciación más concreta y rica de la autoemancipación proletaria que la de sus críticos.

Cuestiones históricas

Para entender las implicaciones de las tesis de Lenin, deben distinguirse dos tipos de afirmaciones hechas en la discusión sobre espontaneidad y conciencia. Primero, hay afirmaciones históricas que dan respuesta a las siguientes preguntas: ¿Quién fue el primero en

formular la teoría que define los contornos de la conciencia socialista? ¿Cómo y en qué contexto se elaboró esta teoría? Luego, hay afirmaciones que apuntan a preocupaciones acuciantes de la práctica política: ¿cómo deberían orientarse en relación al movimiento espontáneo de los obreros los adherentes a la teoría socialista, los futuros dirigentes de la clase obrera? Hay que examinar ambos tipos de afirmaciones porque cada una juega un rol diferente en la formulación de la tesis de Lenin. Comenzaré por las cuestiones históricas.

En la amplia oleada de huelgas que se extendió por toda Rusia a partir de “la famosa guerra industrial de 1896 en San Petersburgo”, Lenin colocaba el “elemento espontáneo” en el primer lugar. La conclusión de Lenin fue la siguiente:

[...] el ‘elemento espontáneo’ no es sino la *forma embrionaria* de lo conciente. Y los motines primitivos reflejaban ya un cierto despertar de lo conciente: los obreros perdían la fe tradicional en la inamovilidad del orden de cosas que los oprimía; empezaban... a sentir la necesidad de oponer resistencia colectiva y rompían decididamente con la sumisión servil a las autoridades. Pero esto sin embargo más que *lucha*, era una expresión de desesperación y venganza. En las huelgas de la última década del siglo pasado, vemos muchos más destellos de conciencia... Si los motines fueron simplemente levantamientos de gente oprimida, las huelgas sistemáticas representaban ya embriones de lucha de clases.

Así, el relato de Lenin de la historia del movimiento obrero ruso describe una dialéctica de resistencia, conciencia, lucha y organización. Esta dialéctica espontánea se identifica como una conciencia embrionaria que se enfrenta con una limitación que no puede sobrepasar por sí misma. Lenin define esta limitación de dos formas: primero por la negativa, en términos de conciencia socialista: los huelguistas de los noventa “no eran, y no podían ser conscientes del antagonismo irreconciliable de sus intereses con el conjunto del sistema político y social moderno”; y luego por la positiva, en términos de la propia conciencia de los trabajadores:

La historia de todos los países atestigua que la clase obrera, exclusivamente con sus propias fuerzas, sólo está en condiciones de elaborar una conciencia sindicalista (Lenin, 1961c, 375).

Esta caracterización del límite de la dialéctica espontánea de la conciencia de la clase obrera no es tan simple como puede parecer. Volveré a este punto más adelante.

Por el momento, lo importante es que Lenin afirma que existe este límite antes que los detalles con que justifica su existencia. Vale la pena notar, sin embargo, que la restricción al desarrollo de la conciencia socialista de la clase obrera se entiende, no como un problema específico de la situación de los obreros rusos, sino como un límite general a la dialéctica espontánea de la lucha de la clase obrera. Los términos del problema implican que la solución le debe llegar a la clase obrera desde fuera. La teoría del socialismo, de la que depende la conciencia socialista, “ha surgido de teorías filosóficas, históricas y económicas que han sido elaboradas por representantes instruidos de las clases poseedoras, por la *intelligentsia*” (Lenin, 1961c, 375-376). El advenimiento de la teoría socialista es concebido como un proceso de ideas cuyos portadores fueron los intelectuales. El hecho de que esto haya ocurrido así es visto como una necesidad histórica, y por lo tanto, también lo es la importación de la conciencia socialista desde fuera al interior del movimiento de la clase obrera.

Lo que importa para nuestro propósito no es cuán precisa es la explicación histórica de Lenin, sino cuáles son sus implicaciones para el desarrollo de la conciencia de la clase obrera. Su tesis histórica de la conciencia desde fuera, simplemente, no implica la falta de aptitud de los trabajadores para tener una conciencia socialista ni la necesidad de la sujeción de su movimiento a la tutela de la *intelligentsia* socialista. Aún cuando Lenin desechaba “hablar de

una ideología independiente formulada por las masas mismas en el proceso de su movilización”, hace notar que los obreros no juegan un rol en la elaboración de tal ideología:

Toman parte no como trabajadores sino como teóricos socialistas, como Proudhons y Weitlings... toman parte sólo cuando pueden, más o menos, adquirir el conocimiento de su tiempo y desarrollar ese conocimiento (Lenin , 1961c, 384n).

En este contexto, esto sugiere que la distinción más fundamental no es aquella entre burgueses y obreros sino entre los teóricos individuales y las masas “en el proceso de su movilización”. Aquí no se le atribuye a los trabajadores una incapacidad teórica innata, no hay negación de un lugar para los teóricos obreros ya sea en la prehistoria de la teoría marxista o, de manera más importante, en su desarrollo subsecuente. Más aún, una parte importante del razonamiento para el proyecto político del *¿Qué Hacer?* era alentar y fomentar el desarrollo de dirigentes socialistas obreros. Para que los obreros “puedan tener más éxito en esto más a menudo [esto es, en contribuir a la teoría socialista], hay que hacer todo tipo de esfuerzo para elevar el nivel de la conciencia de los trabajadores en general” (Lenin, 1961c, 384n).

Pero, ¿qué pasa con los trabajadores en general, con las masas no teóricas? Las limitaciones de la espontaneidad proletaria no inhiben la siguiente afirmación de Lenin:

[...] la clase obrera *espontáneamente* gravita hacia el socialismo... en el sentido de que la teoría socialista revela las causas de la miseria de la clase obrera más profundamente y más correctamente que cualquier otra teoría, y por esa razón los trabajadores pueden asimilarla tan fácilmente (Lenin, 1961c, 386n).

En otras palabras, aunque el movimiento espontáneo de la clase obrera no puede generar la teoría marxista por sí mismo, una vez que ésta existe y es puesta a su disposición, la aprehende fácilmente. Lo puede hacer porque -en un sentido- la teoría no le es ajena, porque constituye un espejo en el que puede ver su realidad y sus aspiraciones más claramente. Esto es parte de lo que Lenin quiere decir cuando se refiere a la espontaneidad como “conciencia en forma embrionaria”. Sólo en este contexto puede comprenderse la predicción de que el movimiento espontáneo de las masas crearía una cantidad cada vez mayor de dirigentes “dedicados sin límites a la revolución”, que aprenderían a combinar su “conocimiento del medio ambiente de la clase obrera y la frescura de las convicciones socialistas” con las habilidades del revolucionario profesional y que “tendrían la confianza sin límites de las más amplias masas de los trabajadores” (Lenin, 1961c, 472-473). Considerada como una afirmación histórica, la tesis de la conciencia desde fuera no implica una clase obrera sometida a una voluntad superior o que se resiste a su propia emancipación. Por supuesto, esta tesis no puede considerarse sólo como una afirmación histórica. La discusión histórica de Lenin da origen a otras preguntas, cuyas respuestas deben buscarse en la naturaleza de su proyecto político.

Las cuestiones políticas

Los términos en que Lenin presenta su proyecto político -la organización de una vanguardia revolucionaria para las luchas de la clase obrera -, están en función de su consideración de las limitaciones del curso espontáneo del movimiento de la clase obrera. En una formulación, estas limitan a la clase obrera a “una conciencia sindicalista, es decir, la convicción de que es necesario unirse en sindicatos, luchar contra los patrones, reclamar del gobierno la promulgación de tales o cuales leyes necesarias para los obreros, etc.” (Lenin, 1961c., 375). A

partir de esta definición, se acostumbra leer a Lenin como si, al estilo de Gompers, estuviera proclamando al “sindicalismo puro y simple” como el *telos* de la conciencia proletaria (ver, por ejemplo, Hyman, 1971, 11-14; Widman, 1967, 59). Por cierto, algunos comentaristas incluso han aplaudido el realismo de este supuesto destello de Lenin, a la vez que deploraban su fracaso en sacar las correspondientes conclusiones reformistas (ver, por ejemplo, Crouch, 1982, 32-33; Pipes, 1963, 124-125). Esta interpretación puede resultar atractiva en relación con la caracterización de Lenin del “economicismo” como blanco de sus críticas. Se basa en párrafos en los que Lenin parece poner un signo igual entre espontaneidad y conciencia y entre lucha política y lucha económica:

La conciencia política de clase no se le puede aportar al obrero *más que desde el exterior*, esto es, desde fuera de la lucha económica, desde fuera de la esfera de las relaciones entre obreros y patrones (Lenin, 1961c, 422).

Aunque esta afirmación sea indiscutible en sí misma, si se entiende que Lenin utiliza la dicotomía entre la lucha económica y política para establecer los límites de la espontaneidad proletaria, su posición resulta arbitraria y falsa históricamente. Tal perspectiva invita a la conclusión igualmente falsa de que, una vez superadas las fronteras de la lucha económica, la política de la clase obrera será la de la revolución socialista.

En primer lugar, la idea de que Lenin interpretó que la estrechez de miras del sindicalismo era la esencia del movimiento proletario espontáneo se choca con la afirmación de que aún las revueltas primitivas que precedieron al movimiento huelguístico de su época permitieron a los obreros comenzar a cuestionar la estabilidad del sistema y a superar su actitud de servilismo hacia las autoridades. Tal suposición se ve desmentida por las repetidas afirmaciones de que “la fuerza del movimiento actual reside en el despertar de las masas” y que los que hubieran sido los futuros dirigentes revolucionarios se quedaron por detrás de las masas (Lenin, 1961c, 373, 420). En segundo lugar, Lenin aceptaba que el término “economicismo”, aunque establecido por el uso, no traducía adecuadamente la naturaleza de la tendencia política que designaba. El economicismo, argumentaba, “no sólo niega la lucha política, sino que se somete a su *espontaneidad*, a su falta de conciencia” (Lenin, 1961c, 387). En la argumentación de Lenin la distinción entre *espontaneidad* y conciencia es así más fundamental que la distinción entre la lucha económica y política y no debería definirse en términos de la segunda. Finalmente, el “etc.” con que Lenin concluye su definición inicial de conciencia sindical indica el carácter incompleto, abierto, de su definición. Inmediatamente hace notar que los sindicatos siempre han llevado adelante luchas políticas y ofrece a sus lectores un largo capítulo sobre la diferencia entre la política sindicalista y la política socialista. Allí se encuentra el siguiente argumento:

El movimiento espontáneo de la clase obrera puede por sí mismo crear (e inevitablemente crea) sólo sindicalismo, y una política sindical de la clase obrera es precisamente una política burguesa de la clase obrera. El hecho de que la clase obrera participe en la lucha política, y aún en la revolución política, no hace en sí mismo que su política sea una política socialdemócrata... [El] camino revolucionario del movimiento obrero puede no ser el camino socialdemócrata. (Lenin, 1961c, 437, 438n.)

Las limitaciones del movimiento obrero espontáneo son así compatibles no sólo con la lucha política, sino aún con la lucha revolucionaria. La distinción de Lenin entre espontaneidad y conciencia no debe ser tomada como una línea de demarcación fija entre la economía y la política o aún entre la reforma y la revolución.

Un “Antagonismo irreconciliable... con el todo”

Lenin ofrece otra formulación de los límites de la espontaneidad del movimiento obrero, y su examen ayudará a aprehender este escurridizo concepto. Como antes se dijo, sostenía que los obreros no podían generar a través de su movimiento espontáneo una conciencia del “antagonismo irreconciliable de sus intereses con el sistema político y social moderno como un todo”. Ahora bien, Lenin no dice que los trabajadores no puedan o que sean incapaces de darse cuenta de cuáles son sus intereses, o de que éstos son antagónicos con los de sus patrones. Lo característico de su afirmación se refiere a la extensión de este antagonismo a todo el “sistema político y social moderno”, a la idea de que ambos son irreconciliables. Lo que Lenin sostiene, entonces, es que el movimiento obrero espontáneo no puede sino mantenerse inconsciente de la naturaleza absolutamente irreconciliable de este antagonismo de intereses. Para que esta afirmación tenga sentido es necesario aprehender la importancia para la concepción de conciencia de Lenin del sistema político y social concebido como un todo y del antagonismo irreconciliable de la totalidad social.

Parte de la amplitud de la noción de Lenin sobre la conciencia se puede ver en esta cita:

La conciencia de la clase obrera no puede ser una conciencia verdaderamente política si los trabajadores no están acostumbrados a hacerse eco de *todos* los casos de arbitrariedad y opresión, de violencia y abuso *de toda especie, cualesquiera que sean las clases* afectadas... Aquellos que concentran la atención, observación y conciencia de la clase obrera exclusivamente, o aún principalmente, sobre sí misma sencillamente no son socialdemócratas; pues el conocimiento de sí misma, por parte de la clase obrera está inseparablemente ligado... con una comprensión práctica de las relaciones entre *todas* las diferentes clases de la sociedad moderna, adquirida a través de la experiencia de la vida política (Lenin, 1961c, 412-413.).

Aunque adquiere un nuevo significado en el contexto del *¿Qué Hacer?*, la caracterización de la autoconciencia del proletariado como esencialmente universal no es nueva. Puede ser rastreada hasta el retrato del proletariado del joven Marx, que lo define como la clase “que no reivindica un *derecho en especial* porque el mal que sufre no es un *mal en especial* sino *el mal en general*” (Marx, 1975, 186). Karl Kautsky tradujo esta visión filosófica en términos sociológicos más prosaicos: el desarrollo de la organización de la clase obrera y de la conciencia es paralelo y refleja el crecimiento de las fuerzas productivas; este proceso socializa la producción y coloca a los trabajadores en circunstancias cada vez más homogéneas; la lucha de clases se polariza entre el trabajo asalariado y el capital a medida que los antagonismos particulares toman un carácter universal; la universalidad de la autoconciencia proletaria es, cada vez más, inmanente a la situación real del obrero industrial (ver, por ejemplo, Kautsky, 1971, 86-87). Lenin mismo, en sus primeras discusiones sobre el desarrollo del capitalismo en Rusia, utilizó este esquema kautskiano para conectar la idea estratégica de la clase obrera industrial como vanguardia política de las masas trabajadoras con la tendencia universalista de la industria capitalista en gran escala (ver, por ejemplo, Lenin, 1960, 113-116). La universalidad de la autoconciencia proletaria se ve aquí igualada con la emergencia de la relación de clase que se desarrolla a través de la explotación capitalista en la industria a gran escala. Dado que este análisis construye la dialéctica de la situación de la clase proletaria como una especie de esencia cognitiva de la totalidad social, sólo es compatible con una tesis de la conciencia desde fuera si ésta afirma meramente que los prerequisites para la formulación de la autoconciencia de la clase obrera como teoría socialista no son reducibles a la experiencia inmediata de la lucha proletaria. La distinción entre teoría socialista y experiencia proletaria es puramente formal; no puede haber contradicción entre ellas. Si este fuera el caso, como el ejemplo de Kautsky lo demuestra, la

idea de conciencia desde fuera no tendría ninguna importancia política acuciante (ver Kautsky, 1901).

La noción de la totalidad social y su relación con la conciencia de la clase obrera que acabamos de delinear no es, sin embargo, la que transmite la argumentación del *¿Qué Hacer?* La tesis política de Lenin sobre la conciencia desde fuera es mucho más radical que la afirmación de sentido común de que la propia complejidad del sistema socio-político, considerado de conjunto, es una barrera para la generación de una conciencia socialista en este todo solamente a partir de la lucha económica de los obreros. Afirma no sólo una diferencia, sino una contradicción entre el movimiento espontáneo de la clase obrera y su vanguardia consciente:

[...] el desarrollo *espontáneo* del movimiento de la clase obrera lleva a su subordinación a la ideología burguesa, *a su desarrollo a lo largo de las líneas del programa del Credo*; porque el movimiento espontáneo de la clase obrera es sindicalismo... y sindicalismo significa la esclavitud ideológica de los trabajadores a la burguesía. Por lo tanto, nuestra tarea... es *combatir el espontaneísmo para desviar* al movimiento obrero de este anhelo espontáneo y sindicalista de ponerse bajo el ala de la burguesía, y llevarlo al ala de la socialdemocracia revolucionaria (Lenin, 1961c, 384-385).

Podría pensarse que el mandato de “combatir el espontaneísmo” se aplica sólo a las condiciones rusas, sólo a la inmadurez del movimiento obrero. Pero los términos generales en los que Lenin lanza su exigencia contradicen esta sugerencia. Y cuando recurre a la experiencia del socialismo alemán la contradice directamente. Acuerda con Ferdinand Lasalle, de quien tomó prestado el epígrafe de *¿Qué Hacer?*, en el mérito histórico de haber desafiado exitosamente la orientación del movimiento obrero alemán hacia el reformismo sindicalista. La preeminencia ideológica y organizativa del socialismo en la clase obrera alemana sólo pudo haberse conseguido a través de una “fiera lucha contra el espontaneísmo... a lo largo de muchos años”, una lucha que debería continuar (Lenin, 1961c, 385-386). La lucha socialista contra el espontaneísmo aparece, entonces, como un requisito permanente de la lucha de clases.

En el curso de la argumentación de Lenin, la correcta actitud socialista hacia el espontaneísmo toma dos aspectos aparentemente contradictorios. La vanguardia consciente es llamada a alentar y guiar al movimiento obrero espontáneo y, al mismo tiempo, a combatirlo. Esta ambivalencia que como voy a argumentar es simplemente aparente, tiene sus raíces en una evaluación contradictoria del espontaneísmo en sí mismo: a éste se le adjudica tanto ser el embrión de la conciencia socialista, como el repositorio de la ideología burguesa. Esta contradicción se ve señalada de la siguiente manera:

La clase obrera espontáneamente gravita hacia el socialismo; pero la ideología burguesa que está muy extendida (y revive continuamente y de diferentes maneras) espontáneamente se impone sobre el obrero en un grado todavía mayor (Lenin, 1961c, 386n).

Para encontrar sentido a esta afirmación deben aprehenderse no sólo las razones para el predominio de la ideología burguesa, sino también el proceso dialéctico de su lucha contra las tendencias socialistas espontáneas de la clase obrera. La explicación más accesible de Lenin sobre la dominación ideológica burguesa: “que la ideología burguesa es mucho más vieja en origen que la ideología socialista y que es mucho más desarrollada y que tiene a su disposición medios de difusión *inmensurablemente mayores*” (Lenin, 1961c, 386) es claramente inadecuada. Sugiere una explicación mecanicista de la conciencia proletaria como un simple receptáculo para las ideas producidas por los intelectuales burgueses o socialistas y

una prospectiva idealista del cambio a través de la difusión de la ideología socialista. Pero si, como sostiene Lenin, la lucha proletaria espontánea es el embrión de la conciencia socialista, se requieren mayores explicaciones sobre cómo la ideología burguesa puede adueñarse de la conciencia de los trabajadores. Una explicación completa debe situar los términos del problema (espontaneidad/conciencia; espontaneidad burguesa/espontaneidad socialista) dentro de una dinámica de lucha y de esa manera relativizarlos.

Una lógica de la lucha política

El trabajo teórico preliminar de tal explicación puede encontrarse en el texto de Lenin, aunque no detallado de manera explícita. Consiste en una manera particular de analizar la lógica de la lucha política, de forma tal que, sucesivamente, cada análisis se relacione con el anterior y lo modifique; es una concepción meta-estratégica de todo el sistema social y político considerado como una red compleja de luchas interconectadas, como si fuera una especie de campo de batalla. No está completamente detallada porque Lenin escribió como protagonista de la batalla para otros protagonistas, menos preocupado con la compilación de la historia de la guerra que por distinguir los alineamientos en la batalla real. Es algo específico del campo de batalla de la lucha política que su forma y sus sujetos cambien con cada enfrentamiento, de modo que el cuadro del campo en su conjunto debe emerger de la conjunción de los análisis sucesivos. Siguiendo una indicación en el texto de Lenin, primero sugeriré una forma de situar a la espontaneidad burguesa y socialista con respecto a tal concepción meta-estratégica, luego le daré forma a esta concepción haciendo referencia a sus análisis de las fases sucesivas de la lucha contra el economicismo, y finalmente sacaré las implicaciones teóricas de esta concepción.

Entender la diferencia entre el espontaneísmo burgués y el socialista en el contexto de una totalidad socio-política compleja de luchas interconectadas, requiere distinguir entre dos niveles de análisis: a un nivel inicial, el análisis se abstrae enteramente de la “conciencia”, de la influencia de la ideología sobre la lucha espontánea de las fuerzas sociales, que es entendida como una función de las relaciones sociales de producción. Aquí se determina que los intereses de la clase de los asalariados están en conflicto irreconciliable con las relaciones sociales fundamentales del modo de producción capitalista. Se puede esperar que los trabajadores, en virtud de estas relaciones sociales, graviten espontáneamente hacia la teoría socialista para explicar su situación y orientar su lucha. Pero, como indica Lenin en su *Plática con los defensores del economicismo* (1901), un artículo que describió como una sinopsis del *¿Qué Hacer?*, el análisis de la base socioeconómica de la lucha de clases no agota los determinantes del movimiento espontáneo:

Decir que los ideólogos (es decir, los conductores conscientes) no pueden desviar el movimiento de un camino determinado por la interacción del medio ambiente y los elementos, es demostrar que se ha olvidado una verdad elemental: que la conciencia *participa* en esta acción recíproca y en esta determinación. Los sindicatos católicos y monárquicos de Europa también son un resultado inevitable de la interacción del medio ambiente y los elementos, pero en esta acción recíproca sólo tomaba parte la conciencia de los curas y de los Zubatovs, y no la conciencia de los socialistas (Lenin, 1961c, 316).

Aquí Lenin está preocupado por desentrañar una confusión en la argumentación de sus oponentes entre dos tipos de diferencias: la que existe entre la base socioeconómica y la superestructura ideológica, y aquella existente entre la conciencia socialista y la espontaneidad. Mientras que la primera puede servir al analista político para entender el proceso del desarrollo de la totalidad social “desde fuera”, la segunda es la herramienta

apropiada para el estrategia político que, confrontado con un alineamiento de fuerzas determinado, debe actuar sobre éste desde dentro de la totalidad. La mezcla de estas dos diferencias hace desaparecer el espacio de la propia acción política.

Una vez que se distinguen las funciones de estos pares de términos, se entiende que el movimiento espontáneo es aquel con quien confronta la conciencia socialista de la que será la vanguardia del proletariado, dentro de su campo de acción pero más allá de su control. Por lo tanto, abarca al movimiento de la clase obrera no simplemente como lo determinan las relaciones de producción sino también sometido a la influencia de los aparatos ideológicos de la burguesía. Es sólo en este segundo y más concreto nivel de análisis que Lenin ubica el dominio de la ideología burguesa sobre el espontaneísmo del movimiento obrero. Sin embargo, lo que se encuentra sujeto a esta dominación, si tomamos seriamente la doble distinción que establece Lenin, no es la clase obrera como tal sino el desarrollo espontáneo de su movimiento; es decir, su movimiento considerado con abstracción de la vanguardia socialista formada con la teoría marxista y por lo tanto consciente. Ya he demostrado que la vanguardia no puede ser igualada teóricamente con la *intelligentsia*: en la medida que los trabajadores asimilan la teoría marxista son considerados como parte de la vanguardia consciente y -aunque siguen siendo parte de la clase obrera- se distinguen del movimiento espontáneo.

Una vez que se entiende la espontaneidad en términos estratégicos, por medio de un ejemplo en el que se examina la interrelación dialéctica de los elementos del movimiento espontáneo, se puede entender el valor de la afirmación de Lenin de que el movimiento espontáneo lleva al dominio de la ideología burguesa. Asumiré que los trabajadores e intelectuales marxistas se abstraen del desarrollo de la lógica de la lucha de clases y que los restantes actores en el drama, trabajadores y burgueses, son capaces de reflexionar estratégicamente y de actuar persiguiendo sus intereses, aunque los trabajadores no estén, y los burgueses puedan no estar, al tanto de la naturaleza *irreconciliable* de sus intereses. Las luchas de los trabajadores para mejorar sus condiciones en algún punto se encuentran con la resistencia de la burguesía; aunque se haya conseguido alguna mejora, la resistencia implica que las más puras formas de la ideología burguesa que afirman la existencia de una armonía de intereses básica, mantendrán en el mejor de los casos un poder de convicción muy precario sobre la experiencia de los trabajadores. La lucha espontánea puede fácilmente minar las bases de esta forma de dominación ideológica, pero los trabajadores pueden experimentar esta oposición de intereses de muchas formas distintas. Cómo lo hagan, dependerá en parte de la respuesta de los ideólogos burgueses y estos, si son inteligentes y sensibles, adaptarán sus ideas a la realidad de la experiencia de la clase obrera, tal vez sugiriendo intereses en común más urgentes o fundamentales como una amenaza externa, tal vez proponiendo nuevos medios para reconciliar los intereses enfrentados. Tales temas pueden tocar a veces las cuerdas más básicas de la experiencia obrera. No hay ninguna razón para suponer que haya algún aspecto de la experiencia proletaria con el que no puedan jugar. La lucha ideológica es pues una lucha por los términos en que los actores en la lucha de clases deben construir su experiencia de ella. Las instituciones y prácticas del movimiento obrero, que son generadas en una historia de victorias, derrotas y compromisos, y que, a su vez, estructuran la experiencia proletaria, llevarán las marcas de la lucha ideológica. De esta manera, el proceso de lucha toma un carácter dialéctico por el cual la ideología burguesa y la experiencia proletaria son parcialmente constitutivas la una de la otra.

Esta dialéctica, sin embargo, sólo puede ser parcial, porque se funda y está condicionada por relaciones antagónicas de producción: si se asume que la lucha de clases es irreconciliable, la ideología burguesa no puede capturar completamente la experiencia proletaria. Por lo tanto, no existe ninguna necesidad de que los trabajadores se queden satisfechos con las formas de lucha sancionadas por la ideología burguesa en un momento determinado. Al igual que los

burgueses, pueden innovar a través de los materiales ideológicos y experimentales que se encuentran a su disposición. Por lo tanto, los límites ideológicos de su lucha no pueden especificarse en términos absolutos sino sólo en términos de la dialéctica de la lucha. Es posible, entonces, que algunos trabajadores puedan llegar a una comprensión marxista de lo irreconciliable del antagonismo de clase, pero estos obreros, en cuanto portadores de la conciencia, no pueden ya ser considerados parte del movimiento espontáneo y se transforman en sujetos para quienes cabe la reglamentación autonegativa aplicada a los marxistas originales.

Una vez que se establece la lógica de la espontaneidad en estos términos estratégicos, la afirmación de Lenin de que el movimiento espontáneo de la clase obrera está necesariamente subordinado a la ideología burguesa puede reformularse en las siguientes afirmaciones: primero, que el movimiento obrero no puede establecer una posición de independencia estratégica *vis a vis* sus adversarios, sin adquirir el reconocimiento de lo irreconciliable de sus intereses con todo el sistema político-social organizado alrededor del dominio de los intereses burgueses; segundo, que semejante reconocimiento no puede ser efectivamente utilizado para influir en la lucha de clases si no existe una dirección organizada instruida en la teoría marxista.

Un análisis estratégico

Los términos de este pensamiento se aproximaron a una existencia política real con la aparición del *Credo* de E.D. Kuskova en 1899. Aunque no fue el blanco directo del ataque de la polémica de Lenin, este documento adquiriría una importancia crucial en esta discusión, ya que Lenin previno que la lógica de la espontaneidad arrastraría al movimiento de la clase obrera “a la línea del programa del *Credo*” (Lenin, 1961c, 384). Kuskova discernía en la historia del movimiento de la clase obrera una tendencia fundamental a desarrollarse “siguiendo la línea del menor esfuerzo”, y en Rusia el peso del atraso cultural y la intensidad de la opresión política empujaban al movimiento obrero hacia el estrecho molde de la lucha económica. Con las tareas rudimentarias de la construcción de un movimiento obrero en ciernes, toda pretensión de una dirección revolucionaria, aún de un partido político obrero independiente, eran meros sueños. Los marxistas rusos, si eran realistas, sólo podrían llevar adelante la “ayuda a la lucha económica del proletariado y la participación en la actividad de oposición liberal” (ver Kuskova, 1983). El *Credo*, por lo tanto, prevé una división del trabajo entre las luchas económicas de las masas obreras políticamente incompetentes y la política de oposición de la *intelligentsia* liberal, y directamente le cede la hegemonía política sobre la clase obrera a la burguesía liberal.

Para cuando Lenin escribió el *¿Qué Hacer?* el programa del *Credo* ya no tenía seguidores en el movimiento (ver Wildman, 1967, 143-144). Sin embargo Lenin lo veía como el *quid* de una tendencia más amplia, más amorfa (“economicismo”), que llevaba a subordinar la política de la hegemonía proletaria en la revolución democrática rusa a preocupaciones corporativas más estrechas. Así, por ejemplo, recibieron la calificación de “economicistas” no sólo la preocupación del periódico *Rabochaya Mysl* (Pensamiento Obrero) por las minucias prácticas de la lucha económica, sino también las tácticas de *Rabochoye Dyelo* (Causa Obrera), que era el campeón de la lucha política por los derechos de los obreros como un derivado de las luchas económicas. Esto no quiere decir que Lenin identificara estas posiciones con las del *Credo*. La conexión que estableció entre ellos está basada, al igual que la identidad del economicismo como tendencia, en el lugar que ocupaban en relación con la lógica estratégica de la lucha política. Las similitudes de contenido entre los puntos de vista de Kuskova y los de *Rabochoye Dyelo* (o entre cualquiera de ellos y otras posibles variables del economicismo) son de importancia secundaria en el análisis de Lenin y pueden, en cualquier caso, sólo

identificarse una vez que el marco estratégico del análisis se encuentra en su lugar. El impacto sobre la conciencia de la clase obrera de ambas partes de la división de tareas del *Credo* -la “actividad de oposición liberal” y las luchas económicas de los trabajadores- deben examinarse a través de la lógica estratégica de Lenin. Gran parte de lo inadecuado de la discusión de las tesis de la conciencia desde fuera de Lenin, surge de una perspectiva estrechamente focalizada en la dicotomía entre los trabajadores y los intelectuales socialistas, que por lo tanto desecha tanto el amplio terreno sobre el que Lenin sitúa la formación de la conciencia proletaria como el problema, central para él, de la naturaleza y modalidades de la influencia ideológica de la burguesía. Comenzaré, por lo tanto, el análisis de la oposición liberal de Lenin.

Cuando a fines del siglo los que habían sido camaradas de ruta de la socialdemocracia, como Peter Struve, comenzaron a gravitar hacia el liberalismo, todos los intentos por lograr un *modus vivendi* entre la oposición liberal cristalizada alrededor del periódico de Struve, *Oxvobozhedeniye* (Liberación) y los marxistas revolucionarios fracasaron. Cuando Struve lanzó un pedido al gobierno para que se reformara y así no se siguiera fortaleciendo el movimiento revolucionario, Lenin le contestó -en *Los perseguidores de los Zemstvos y los Aníbales del liberalismo*-, con una crítica de las tácticas del liberalismo ruso. Lenin colocaba al liberalismo constitucional de Struve, al igual que a las preocupaciones corporativas de los economicistas, en el campo de las estrategias políticas opositoras, cuya principal línea de demarcación estaba definida por la lucha entre el Estado zarista autocrático y la estrategia socialdemócrata de la hegemonía proletaria en la revolución. Concebía a los Zemstvos, instituciones elegidas por las clases propietarias cuyos derechos constitucionales los liberales querían extender, como un pequeño ángulo de su campo de fuerzas estratégico. A través de la influencia de la opinión pública, los Zemstvos podrían funcionar como un “factor auxiliar” en la lucha por la revolución, “haciendo que el gobierno dudara sobre la magnitud de la represión en momentos críticos”, pero serían incapaces, sin embargo, de operar como “un factor independiente” (Lenin, 1961a, 73). Cuando los llamados a la extensión de los derechos de los Zemstvos se contrapusieran a la lucha por la revolución, servirían “como un instrumento para el fortalecimiento de la autocracia a través de las medias concesiones, como una forma de atraer a un cierto sector de los liberales” al lado del gobierno (Lenin, 1961a, 74). Cuando el movimiento revolucionario asumiera proporciones amenazantes, las autoridades zaristas, actuando de acuerdo con “el antiguo método policial de divide y reinarás, cederían lo secundario para preservar lo esencial, darían con una mano y quitarían con la otra”, utilizarían llamados como el de Struve en *Los derechos y un Zemstvo con autoridad* en un esfuerzo por aislar y derrotar a los revolucionarios, concediendo “algo del tipo de una constitución consultiva y aristocrática” y engañarían, una vez más, incluso las esperanzas liberales (Lenin, 1961a, 70, 75). En Lenin hay una simetría entre esta disección de la táctica liberal y el análisis del economicismo: en ambos casos, manifiesta una cierta simpatía hacia las preocupaciones de su oponente, ya sea que se trate de remediar el sufrimiento de los obreros o establecer restricciones a un gobierno arbitrario, *a condición de que éstas no se contrapongan a la lucha por la revolución*, pero en cada caso diagnostica que sus oponentes, deslumbrados por sus estrechas preocupaciones, están ciegos ante la lógica de la lucha por el poder del Estado.

Contra el telón de la lógica estratégica de este proceso, Lenin discierne algo más que una mera ilusión en la afirmación de Struve de que “un partido moderado siempre tiene algo que ganar de una lucha acentuada entre elementos políticos extremos” (citado en Lenin, 1961a, 78). El intento de Struve de extraer concesiones al zarismo, invocando la amenaza de la revolución, constituía el embrión de una estrategia liberal que amenazaba hacer que la revolución naciera muerta. Este juego liberal no era simplemente una charada constitucional a ser jugada a puertas cerradas, sino que requería que la fuerza revolucionaria de las masas fuera tratada como una especie de ejército de marionetas, capaz simplemente de asustar al zar

y luego de retirarse tras bambalinas cuando comenzara el asunto serio de la negociación de la redistribución del poder. Su lógica tenía, por lo tanto, que extenderse más allá de los salones de las clases propietarias. Requería que ideas, actitudes e instituciones, que le permitirían a las masas jugar el rol que tenían asignado, fueran alentadas y promovidas entre ellos. Pero si la estrategia liberal iba a tener un “eco” entre los trabajadores, sería mejor que sonara claramente proletaria. Lenin pensaba que se podía escuchar ese eco, por ejemplo, en el llamado de *Rabochoye Dyelo* a que los trabajadores lucharan por sus derechos políticos como una manera de conseguir sus exigencias económicas. La similitud entre este llamado y el de Struve en favor de los derechos es aparente, pero lo que es crucial para el análisis de Lenin no es esta similitud formal, sino la complementariedad estratégica de los dos dentro de la lógica de la lucha política. La complementariedad estratégica que se percibe en el *Credo* de Kuskova había sido destruida por el movimiento espontáneo de los obreros, más allá de la lucha puramente económica; su restablecimiento requeriría la adaptación a las nuevas circunstancias, a ajustes que tomaran en cuenta los movimientos de intervención de otros actores políticos.

Así, la tendencia economicista dentro del movimiento de la clase obrera cambia su forma, pero mientras ese cambio excluya del ámbito del movimiento de la clase obrera cualquier aspecto de la totalidad socio-política, significa una mera revisión de la estricta división del *Credo* (la economía para los trabajadores, la política para los intelectuales) y no su eliminación. Por lo tanto, le concedería la iniciativa estratégica a los adversarios políticos del movimiento obrero. Lenin reconoce que las luchas obreras pueden desafiar espontáneamente esta división política del trabajo y forzar una revisión de sus términos. Su crítica del economicismo sólo involucra indirectamente una crítica de la espontaneidad; tomada directamente es una crítica al “espontaneísmo”, es decir el fracaso de la conciencia para dominar teórica y prácticamente la lógica del proceso espontáneo. El objetivo final de su crítica no son los errores y omisiones específicos de los pronunciamientos economicistas, sino la tendencia a definir el proyecto político de la clase obrera en términos restrictivos, ya que esta tendencia denota la incapacidad para reconocer que la lucha de clases se ve refractada a través de la lógica estratégica de la lucha política y por lo tanto la incapacidad para anticipar los movimientos de los adversarios o reaccionar independientemente a sus innovaciones.

Entender al economicismo no como un conjunto particular de ideas (economía versus política), sino como una tendencia (espontaneísmo) dentro de la lógica estratégica de la lucha política, es comprenderlo como un acomodamiento al movimiento espontáneo. La explicación de Lenin del movimiento espontáneo descansa sobre una distinción entre sus dos aspectos: la lógica de la lucha de clases entendida en términos de las relaciones sociales que generan una tendencia hacia el socialismo, y la influencia ideológica de la burguesía sobre esta tendencia. La relación entre estos dos aspectos se concibe dinámicamente, como un proceso de lucha que constantemente se genera a sí mismo una y otra vez, mientras que periódicamente ajusta su forma y términos. Como ya lo he sugerido, Lenin vio este proceso como si se desarrollara en el contexto de una historia de victorias y derrotas, acuerdos y compromisos. Las ideas, actitudes y tradiciones generadas a través de esta historia se corporizan en instituciones y prácticas que estructuran las experiencias y percepciones de los participantes. Si esto es así, la clase obrera no es nunca una tabla rasa ideológica; no hay un punto cero en el que un proletariado ideológicamente virgen es simplemente seducido por ideólogos burgueses inescrupulosos. Consecuentemente, el contenido ideacional que se atribuye a cada uno de los dos aspectos del proceso espontáneo no puede determinarse en abstracto. Dependiendo del contexto histórico y político, la misma idea puede surgir más o menos directamente de la experiencia proletaria o encontrar su camino hacia los trabajadores a través de las máquinas de propaganda de la burguesía o del Estado. La sustancia de la crítica de Lenin a los

economicistas, por lo tanto, tiene que ver con las implicancias de sus ideas para la lógica de la luchas políticas y no con el origen de esas ideas.

Una vez que se concibe la lucha de clases como intersectada y refractada por la lógica estratégica de la lucha política, la importancia crucial de la definición de Lenin de la conciencia socialista, como aquella que reconoce la naturaleza total e irreconciliable del antagonismo de los intereses de clases, puede ser entendida mejor. Primero, es parte de la lógica de la lucha política que los actores hacen sus “movimientos” en el contexto del todo social y político, que no hay aspectos de la totalidad social que puedan excluirse en principio de esta lucha. Así, estratégicamente, el movimiento obrero debe ser visto como algo colocado “bajo la mirada” de sus adversarios políticos. Pero esto no significa, simplemente, que actúa en un drama que es tanto político como económico sino también que su carácter de actor político se define a través de este proceso. Cualquier limitación de la perspectiva estratégica del movimiento obrero puede conceder a sus adversarios no sólo objetivos políticos cruciales, sino también las materias primas necesarias para el duro trabajo de la autodeterminación política. Cualquier limitación en las posibilidades de preocupación política del proletariado le da a sus adversarios estratégicos la posibilidad de realizar una actividad política e ideológica que podría refractar la dinámica del antagonismo de clases hacia una reconciliación inestable o más o menos provisional de los “antagonismos irreconciliables” de los intereses proletarios con “el todo de la política moderna y el sistema social”. Es imposible escapar a la influencia de la ideología burguesa en una sociedad capitalista. El punto de Lenin es que la formación teórica es condición necesaria pero no suficiente para una lucha efectiva en su contra. Segundo, puesto que el proceso espontáneo que se presenta al analista político marxista no refleja simplemente la lógica de la lucha de clases económica, las limitaciones de este proceso no pueden definirse simplemente en términos de esta lógica. También están relacionadas con la lógica de la lucha política, o tal vez sería mejor decir que son relativizadas por la segunda: así como no hay un umbral antes del cual se origina un movimiento absolutamente espontáneo, no puede haber ningún punto fijo más allá del cual pueda decirse que el movimiento obrero haya superado definitivamente la espontaneidad. El proceso de lucha es entonces un proceso abierto, puesto que cualquier nuevo movimiento puede alterar de manera significativa el contexto socio-político de la respuesta del adversario, puede proveer material para la innovación. Dado que el antagonismo de los intereses de clase es el principio que subyace en el juego, los jugadores pueden no tener razón para obedecer las reglas existentes; y dado que son capaces de innovación, no hay razón para asumir que el próximo movimiento estará sujeto a las mismas reglas que el último. Alasdair MacIntyre presentó un punto de vista similar en un contexto muy diferente, “mover el caballo a QB3 siempre puede recibir como respuesta un pelotazo al arco” (MacIntyre, 1984, 98). Dado que, cualesquiera sean las reglas y prácticas corrientes que estructuran y canalicen la lucha de clases, en la totalidad socio-política nada puede ser considerado definitivamente fuera de juego, el campo de juego no puede restringirse al proceso espontáneo sino debe incluir la conciencia misma, la comprensión teórica desplegada en la formulación de la estrategia revolucionaria. Es decir, la presencia política de la teoría marxista (y consecuentemente de la clase que conlleva) es también un objeto de la lucha política.

Algunas implicaciones

La tesis de Lenin de la conciencia desde fuera ahora puede ser resumida tomando en consideración sus implicaciones. En primer lugar, la aparente ambivalencia de la actitud de Lenin hacia la espontaneidad debe entenderse como el producto de una posición teórica coherente aunque teóricamente compleja. Su llamado a la vanguardia consciente a que alentara y combatiera lo espontáneo en el movimiento obrero no es un signo de incoherencia,

sino la asunción de una sofisticada posición estratégica dentro del desarrollo de una lucha política e ideológica.

Segundo, la relación de la conciencia con la teoría marxista puede entenderse como sigue. Para que la conciencia incluya la noción del reconocimiento de lo irreconciliable de los intereses de clase del proletariado con el conjunto del moderno orden (burgués) social y político, debe tomar una forma teórica. No sólo debe hacerlo porque los trabajadores típicamente tienen poco acceso a través de la experiencia a muchos de los más altos puntos de este todo, sino también porque la experiencia de la clase obrera siempre reflejará diversos intentos por reconciliar los intereses de los obreros con el orden prevaleciente, y el fracaso de estos intentos (o su éxito meramente parcial, provisional y temporario) siempre puede ser atribuido a aspectos efímeros de la lucha política (o a la fatalidad de la naturaleza humana). El hecho de que el movimiento espontáneo en parte se forma por una lógica de lucha política que prescribe la innovación estratégica, táctica e ideológica, implica que se generarán coyunturas nuevas y nunca vistas y se enfrentarán intentos para establecer la conciliación constantemente renovados y ocasionalmente innovadores, hace que la comprensión de la naturaleza irreconciliable (y no simplemente irreconciliable hasta ahora) del antagonismo de clase necesariamente depende de la teoría. Lenin creía que el corazón de la teoría marxista consistía precisamente en las herramientas conceptuales necesarias para forjar tal comprensión; sólo instruida por esta teoría la experiencia del movimiento obrero puede tener una influencia independiente sobre las cambiantes coyunturas políticas.

Tercero, ahora pueden formularse las implicaciones de las tesis de Lenin para la idea de la independencia del proletariado. Si es cierto que el antagonismo de los intereses de clase es irreconciliable dentro de la sociedad capitalista, todo intento de conciliar los intereses de clase y por cierto cualquier institución o idea que promueva la conciliación, debe concebirse estratégicamente como una forma de subordinación de la clase obrera a fuerzas heterógamas. La comprensión de lo irreconciliable del antagonismo de clase, incluyendo la capacidad de agudizar y profundizar esta comprensión mediante el análisis de formas novedosas de conciliación, es por lo tanto, un requisito previo para la independencia del proletariado. La independencia del proletariado se plasma en el momento en que esta comprensión orienta la dirección del movimiento obrero. Esto implica, por supuesto, que la teoría marxista se corporiza en instituciones dirigentes del movimiento, pero no implica nada sobre la naturaleza de estas instituciones. Esto dependerá de la historia concreta de la lucha de clases y de la capacidad de los marxistas para elaborar análisis que clarifiquen la situación y las aspiraciones de los trabajadores. Las organizaciones de vanguardia pueden ser más o menos amplias, más o menos abiertas, más o menos democráticas, de acuerdo con las circunstancias de la lucha. Como se dijo anteriormente, al presentar su tesis, Lenin invocó al Partido Social Demócrata Alemán como un ejemplo y, cualesquiera sean las salvedades que ahora deban tenerse en cuenta, este partido era entonces casi universalmente considerado como la vanguardia en cuanto a una organización democrática. El pedido de Lenin a favor de un partido de revolucionarios profesionales restringido, de carácter conspirativo y jerárquico, surgía entonces de su análisis del contexto de la lucha en Rusia y no de su tesis de la conciencia desde fuera.

Cuarto, la tesis de Lenin tiene importantes implicaciones para el estatus conceptual de la teoría marxista, que no debe entenderse como “un dogma”, o sea un conjunto de axiomas, proposiciones y predicciones dado, sino como “una guía para la acción”, es decir como una matriz teórica aplicable a coyunturas siempre nuevas y cambiantes de la lucha de clases y que en el curso de esta aplicación es concretizada y modificada (Lenin, 1966, 71). El que haya que entenderlo así es una necesidad teórica porque la teoría marxista es la comprensión del antagonismo irreconciliable de los intereses proletarios con el conjunto del orden socio-político capitalista. Este todo debe ser entendido teóricamente y debe por lo tanto estar abierto

a la modificación para entender el proceso por el cual la lógica innovadora de la lucha política puede refractar las líneas de demarcación de la lucha de clases y así, constante y a veces significativamente, modificar los contornos del todo. Es una necesidad política, porque la teoría marxista es también un objeto en la lucha política y el fracaso en desarrollarla, concretizarla y modificarla invita a su revisión y apropiación por fuerzas que desarmarían al movimiento obrero. Es en este sentido que Lenin retrata la importancia del revisionismo y el economicismo bernsteiniano. Es en este sentido que más tarde criticaría a Kautsky y a los mencheviques por ser marxistas abstractos y dogmáticos.

Si el estatus conceptual y político de la teoría marxista requiere que ésta se desarrolle, se concrete y modifique, es necesario hacer una última pregunta: ¿Qué fuerzas empujan su desarrollo? En el *¿Qué Hacer?* Lenin no lleva esta pregunta más allá de la referencia a la necesidad de entrenar a los teóricos obreros. Se podría sugerir, por implicancia, que el proceso del desarrollo teórico se restringe al claustro teórico de los obreros e intelectuales marxistas “conscientes”. Pero de las tesis de Lenin de la conciencia desde fuera, no se desprende que la espontaneidad proletaria no juega un rol importante en el desarrollo de la teoría marxista. Lo cierto es que, correctamente entendida, su tesis sugiere lo contrario, porque la lógica del análisis político que la conforma implica que los trabajadores son capaces de innovaciones “espontáneas”. Y dado que las limitaciones del movimiento espontáneo deben ser entendidas en términos relativos y no absolutos, no hay razón para que estas innovaciones no puedan a veces ser semillas capaces de producir frutos revolucionarios y aún teóricamente revolucionarios. Lo que implica la tesis de Lenin es que tales innovaciones pueden jugar sólo una parte episódica en el drama de la autoemancipación del proletariado, a menos que la teoría marxista las absorba, extraiga y clarifique sus implicancias. Pero si la absorción teórica de la innovación proletaria espontánea lleva a modificaciones importantes en la teoría marxista, será verdad en un sentido significativo que las masas de trabajadores y no sólo los teóricos juegan un rol activo, independiente y creador en la elaboración de la conciencia socialista.

“El marxismo *aprende* (...) de la práctica de las masas” escribió Lenin “y no reclama para sí *enseñarle* a las masas formas de lucha inventadas por los ‘sistematizadores’ encerrados en sus cuartos de estudio” (Lenin, 1962, 213-214). No puede haber dudas de que luego aprendería de la práctica de las masas, más especialmente de la iniciativa proletaria espontánea que establecieron los soviets, ni de que modificaría de manera significativa la estructura de la teoría marxista como consecuencia de este aprendizaje. Y pudo hacerlo, no a pesar de la tesis de la conciencia desde fuera, sino debido a ella. La tesis de que la conciencia debe ser llevada al movimiento espontáneo de la clase obrera desde fuera es una precondition necesaria para llevar la espontaneidad proletaria, a la conciencia, a la teoría marxista y en consecuencia a una apreciación concreta y no simplemente retórica de la tesis marxista de la autoemancipación del proletariado. Consideremos si no la alternativa: negar la tesis de Lenin es aseverar que la conciencia socialista es inmanente a la espontaneidad proletaria, que la teoría marxista y la experiencia proletaria espontánea de la lucha de clases están, o pueden estar, en armonía. Pero entonces, con semejante posición sería difícil no sólo explicar la conciencia existente en la mayor parte de la clase obrera, sino también comprender que la teoría marxista pudiera aprender de la práctica de masas de manera consistente. Así, no debería sorprendernos que Rosa Luxemburgo, la apóstol de la espontaneidad proletaria y crítica de Lenin escribiera:

Marx, con su creación científica, nos liberó como un partido de luchadores prácticos. No es cierto de que Marx ya no sea suficiente para nuestras necesidades. Por el contrario, *nuestras necesidades no son todavía adecuadas para la utilización de las ideas de Marx...* la teoría... trasciende las necesidades de la clase obrera en las cuestiones de las armas para la lucha diaria (Luxemburgo, 1970, 111).

Desde tal punto de vista, siempre se puede atribuir las divergencias entre la teoría marxista y el movimiento de la clase obrera al fracaso del segundo para corporizar la conciencia representada por la primera. Ya sea que este fracaso se atribuya a la inmadurez de las condiciones históricas o a las maquinaciones de una dirección oportunista, en ambos casos lo importante es asumir que existe una armonía subyacente entre la teoría marxista y la clase trabajadora. No cuestionar este supuesto equivale a fracasar en el esfuerzo por entender la necesidad teórica y política de que la teoría marxista aprenda de las masas. Cuando se cantan loas a la autoemancipación del proletariado en este sentido, esa canción adquiere sutil pero claramente un aire paternalista: la heroica actividad independiente de la clase obrera generará de nuevo una conciencia cuyo diseño fue prefigurado por los intelectuales marxistas. No es el paternalismo del policía o el del silbato del sargento, sino el del docente o trabajador social “iluminado”. Pero es de todas maneras paternalismo, porque no toma en serio la independencia del “estudiante”. Y para terminar volviendo a la crítica de Marx a Feuerbach: ¿Quién va a educar al educador si no es el estudiante? Es paradójico que sea justamente la tesis de la conciencia desde fuera la que le permite a Lenin situarse como teórico marxista *dentro* de la lucha de clases y aprender del proletariado, es decir, cambiar, mientras sus críticos elevan la teoría histórica de la sociedad de Marx por encima de la historia y la sociedad, y, por lo tanto, la hacen un dogma inmodificable y en consecuencia incipientemente autoritario.

Bibliografía

- Althusser, Louis, 1969, *For Marx*, New York, Random House.
- Balibar, Etienne, 1974, *Cinq études du matérialisme historique*, Paris, Maspero.
- Crouch, Colin, 1982, *Trade Unions: The Logic of Collective Action*, London, Fontana.
- Dan, Theodore, 1970, *The Origins of Bolshevism*, New York, Schocken.
- Frankel, Jonathan, ed. 1969, *Vladimir Akimov on the Dilemmas of Russian Marxism, 1895-1903*, Cambridge, Cambridge University Press.
- Harding, Neil, 1977, *Lenin's Political Thought*. Volumen 1: *Theory and Practice in the Democratic Revolution*, London, Macmillan.
- Hyman, Richard, 1971, *Marxism and the Sociology of Trade Unionism*, London, Pluto Press.
- Kautsky, Karl, 1901, *Die Revision des Programms der Sozialdemokratie in Oesterreich*, *Die Neue Zeit*, 1901-1902, XX Jahrgang, I Band, N°3, 68-82.
- 1971, *The Class Struggle*, New York. W.W. Norton.
- Kolakowski, Leszek, 1978, *Main Currents of Marxism*, Volumen II, *The Golden Age*, Oxford, Clarendon Press.
- Kuskova, E.D., 1983, *Credo*, págs. 250-253, en Neil Harding, ed., *Marxism in Russia: Key Documents, 1879-1906*, Cambridge, Cambridge University Press.
- Lenin, Vladimir Ilych, 1960, *Draft and Explanation of a Programme for the Social Democratic Party*, págs. 92-121, en *Collected Works*, Volumen II, Moscú, Progress Publishers.
- 1961a, *The Persecutors of the Zemstvo and the Hannibals of Liberalism*, págs. 31-80, en *Collected Works*, Volumen V, Moscú, Progress Publishers.
- 1961b, *A Talk With Defenders of Economism*, págs. 313-320, en *Collected Works*, Volumen V, Moscú, Progress Publishers.
- 1961c, *What is to be Done?*, págs. 347-529, en *Collected Works*, Volumen V, Moscú, Progress Publishers.
- 1961d, *One Step Forward, Two Steps Back: Reply by N.Lenin to Rosa Luxemburg*, págs. 474-485, en *Collected Works*, Volumen VII, Moscú, Progress Publishers.

----- 1962, *Guerrilla Warfare*, págs. 213-223, en *Collected Works*, Volumen XI, Moscú, Progress Publishers.

----- 1966, 'Left-Wing' *Communism –An Infantile Disorder*, págs. 117-118, en *Collected Works*, Volumen XXXI, Moscú, Progress Publishers.

Liebman, Marcel, 1975, *Leninism under Lenin*, Londres, Jonathan Cape.

Luxemburg, Rosa, 1970, *Stagnation and Progress in Marxism*, págs. 106-111, en Mary Alice Waters, ed., *Rosa Luxemburg Speaks*, New York, Pathfinder.

MacIntyre, Alasdair, 1984, *After Virtue*, segunda edición, Notre Dame, Indiana, University of Notre Dame Press.

Marx, Karl, 1975, *Contributions to the Critique of Hegel's Philosophy of Law. Introduction*, págs.175-187, en Karl Marx y Frederick Engels, *Collected Works*, Volumen III, New York, International Publishers.

----- 1976, *Theses on Feuerbach*, págs. 3-5, en Karl Marx and Frederick Engels, *Collected Works*, Volumen V, Nueva York, International Publishers.

----- 1985, *Provisional Rules of Working Men's International Association*, págs. 14-16, en Karl Marx y Frederick Engels, *Collected Works*, Volumen XX, Nueva York, International Publishers.

Pannekoek, Anton, 1975, *Lenin as Philosopher*, Londres, Merlin.

Pipes, Richard, 1963, *Social Democracy and the St.Petersburg Labor Movement, 1885-1897*, Cambridge, Massachussetts, Harvard University Press.

Polan, A.J., 1984, *Lenin and the End of Politics*, Los Angeles, University of California Press.

Partido Social Demócrata Obrero Ruso, 1980, *Minutes of the Second Congress of the Russian Social-Democratic Labour Party*, Londres, New Park Publications.

Trotsky, Leon, 1970, *Nos taches politiques*, Paris, Denoël/Gonthier.

Wildman, Allan, 1967, *The Making of a Workers' Revolution*, Chicago, University of Chicago Press.

* Artículo publicado en *Science & Society*, vol. 59, N° 3, número especial dedicado en su totalidad a la evaluación de los diversos aspectos teóricos y prácticos del legado de Lenin. La traducción pertenece a Virginia de la Ciega.